**Sábado de oración – 7 de mayo – secuencia 3 y 4**

*P. Sergio García, msps*

Jesús, te agradezco de todo corazón, tu presencia siempre fiel, amorosa y en perspectiva de crecimiento en el cumplimiento de tus promesas. La gran promesa del Espíritu Santo llena el corazón de seguridad en que la opción por ti va ahondándose en experiencias de vida nueva ya porque has resucitado resucitándonos. Estamos, mi Jesús en un momento especial de tu Iglesia en salida. Ahondamos, motivados por el Papa Francisco, en la Sinodalidad que nos da aires nuevos de vida.

Pendientes de tu palabra seguimos orando con dos estrofas más de la secuencia. Quienes recibimos esta propuesta de oración experimentamos la necesidad de una nueva efusión de tu Santo Espíritu.

1. **Fuente de todo consuelo**

**amable huésped del alma,**

**paz en las horas de duelo.**

¡Cuánto dolor en el mundo! Cada persona tiene su fuerte o grande dosis de dolor y necesitamos un consolador de fondo, el único que puede hacerlo es el Espíritu Santo y lo hace a manera de un huésped permanente, un huésped que lejos de ser una carga, es un consuelo sobre todo en las horas de duelo.

Fuente de paz que consuela y fortalece, que impulsa a seguir adelante. Lejos de quedarme sumido por el dolor. ¿Cómo experimentaste, mi querido Señor Jesús, ¿este consuelo tan necesario a lo largo de todo tu trabajo evangelizador? El consuelo permanente del Espíritu era fuerza ante la incomprensión y ataque permanente de quienes te perseguían, de quienes querían hacerte caer.

El consuelo que se expresaba en paciencia con tus discípulos más cercanos y no te entendían; cuando eras atendido por el grupo de mujeres que te servían con sus bienes, etc. Fue tanta la experiencia del consuelo que recibías del Espíritu Santo que prometiste enviar “otro consolador”, al que te asistía, alegraba, fortalecía, se hacía presente en tus momentos de soledad en oración y que hizo posible la entrega de tu vida en la Cruz.

¿Qué hacer ante el dolor? Ante la experiencia del dolor lo primero es ofrecerlo y unirlo a la cruz de Jesús y lo segundo es buscar una solución sea medicina, mirada a la naturaleza, pero, sobre todo, momentos largos de oración ante el Sagrario.

**San Pablo nos dice*: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (2 Cor 1,3-4).***

**El Espíritu Santo es “amable huésped en el alma”. ¡Cuántas lluvias de noticias nos llegan al alma y que no dejan espacio para que venga el Espíritu Santo, tu Espíritu, Jesús, enviado con tanto amor y a costa de tu entrega en la cruz!**

**La vuelta a tu Palabra, la conversión del corazón nos ha dispuesto para recibir en cada momento a tu Espíritu Consolador. Decimos en el Kerigma como el mejor anuncio: “Sólo Jesús sana, perdona, libera, da Espíritu Santo”. Por eso, mi Jesús, que vivamos en permanente kerigma porque el Espíritu Santo es el que siempre llena nuestra vida de fortaleza, alegría y paz.**

1. **Eres pausa en el trabajo**

**brisa, en un clima de fuego;**

**consuelo, en medio del llanto.**

De nuevo la palabra consuelo unida a brisa y pausa. Nos remite ir al séptimo día de la creación en el que Dios Padre entusiasmado más y más por lo que iba creando, en cuanto hizo al hombre a su imagen y semejanza, descansó. Sí, hay que entrar en pausa en el trabajo para que otros, que no lo tienen, puedan también ir creando realidades nuevas para el propio sustento.

No olvidamos Señor Jesús, que crear es principalmente ordenar, armonizar, integrar todo lo que ha salido de poder Creador de tu Padre Celestial querido como ninguno por ti y por nosotros. Mucho qué ordenar en los corazones que, si no lo están, producen guerras, injusticias, egoísmos y desastres en el cambio de valores. Jesús, nuestra época sufre tanto por esto porque se ha olvidado de ti, porque desconoce la acción imprescindible de tu Espíritu Santo.

Somos lo que comemos, decían unos filósofos existencialistas; es verdad, pero yo puedo añadir somos lo que trabajamos y trabajamos en la medida que tenemos una pausa y un consuelo en medio del llanto. De eso se encarga el Espíritu Santo que viene a llevarnos de plenitud en plenitud.

Mi Jesús, tu trabajo en la carpintería primero, en la predicación del Evangelio después, te llevaron al amor apasionado que se manifestó en tu entrega a la cruz que, una vez tú en ella, la convertiste en signo de triunfo, de identidad, de atractivo poderoso.

Espíritu Santo, brisa, en un clima de fuego; consuelo, en medio del llanto, plenitud de amor y de vida sana como la de Jesús abundante desalojando las insidias del enemigo, que lo tenemos como tú lo tuviste mi Jesús, y que proporciona oportunidad de renovar nuestra opción por ti.

Estaba reflexionando, mi Señor, en lo que sucedió después de tu bautismo en el Jordán, donde tu Santo Padre celestial, te presentó como su hijo muy amado. Pues de ahí, conducido por el Espíritu, y en la soledad y austeridad del desierto, tuviste una lucha cuerpo a cuerpo con el enemigo. Tu triunfo es garantía del nuestro. Nosotros no podemos librarnos de esa lucha, pero con la seguridad que el Espíritu es nuestra fortaleza, nuestro descanso, nuestra paz.

Orar así, mi Jesús, en este tiempo de Pascua en el que nos dirigimos a la celebración litúrgica de Pentecostés, hará más frecuente, intensa, profunda, serena nuestra oración. La buscaremos más y más y estaremos con tu Santa Madre María que, con tus apóstoles, estaban en oración esperando la promesa que habías hecho: otro Consolador, otro Abogado y defensor, otro valedor de nuestra vida, otro cargado de amor, paz, vida nueva. ¡Ven Espíritu Santo, ven! Repetimos pausadamente:

Ven, Dios Espíritu Santo, y envíanos desde el cielo, tu luz para iluminarnos.

Ven ya, Padre de los pobres, luz que penetra en las almas, dador de todos los dones.

Fuente de todo consuelo, amable huésped del alma, paz en las horas de duelo.

Eres pausa en el trabajo, brisa, en un clima de fuego; consuelo, en medio del llanto. Amén.